

otro candil de sebo o manteca para el servicio de escaleras abajo; pero no lo dice la leyenda.

Un incidente que no carece de interés es el de que habiendo cegado un actor que había venido de Cartagena con destino al teatro, muchos de los accionistas, y aún los empleados del establecimiento, incluso el telonero y apuntador, cedieron parte de sus instalamentos para costear el regreso del pobre ciego a su país.

ARTICULO XXVIII

Un salto de casi medio siglo no es cosa de consecuencia. Decíamos ayer que el año de 39 quedó reinando sola en la escena la compañía española de Torres, compuesta del mismo, como director, y cuatro personas útiles de su familia, Gallardo, excelente actor, como primer galán, su mujer como cantatriz; Rendón, gracioso inimitable; Castillo, y algunos otros secundarios.

Era esta la compañía más completa que habíamos visto en nuestro teatro, y ella y las subsiguientes nos hicieron conocer algunas de las obras de los ingenios españoles de estas épocas, que estaban por entonces de moda en la Península, como Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Larra, García Gutiérrez, Rubí, Hartzzenbush, Zorrilla, etc.

Hizo su estreno la compañía con el *Torcuato Tasso*, que produjo honda sensación y dio a conocer el mérito de los actores, principalmente de Gallardo, que caracterizó con toda la propiedad de quien por su educación literaria y frecuente roce con las ilustraciones dramáticas y artísticas de su

país podía empaparse en el tipo simpático del ilustre y desgraciado poeta. Secundábale admirablemente la hija mayor de Torres, de quien usted habrá oído hablar más de una vez, joven de diez y siete años, bella, graciosa y de un talento especial para el arte.

¿Cómo enumerar todas las piezas del repertorio escogido de esta compañía? Larga tarea sería ésta, pues ella trabajó en Bogotá durante tres o cuatro años. Y para no cansar, a usted mencionaré solamente algunas: **El Tasso**, **El Verdugo**, **de Amsterdán**, **El Diplomático**, **La llave falsa**, **Treinta años**, **o la vida de un jugador**, **Quince años ha**, **Marcela**, **Un tercero en discordia**, **Perder y cobrar el cetro**, **El pilluelo de París**, y varias otras, ya originales, ya traducidas, pero la mayor parte de notable mérito, y que contribuyeron mucho a mejorar el gusto de nuestro público, bien atrasado por cierto, hasta entonces.

En cuanto a bailes españoles, los que vimos en esa época, como la graciosa **Jota aragonesa**, y las **Habas verdes**, jamás podremos olvidar la grata impresión que nos dejaron.

Terminados los trabajos de esta compañía, siguió un interregno de algunos años, y luégo le sucedió la no menos completa y famosa de Fournier, que vino el año de 46. Le acompañaban su señora, su hija Ramona, Belaval, primer galán, la señora de éste, primera dama; el poeta y literato de grata memoria Emilio Segura, F. González, la esposa de éste, García, Viñas y algún otro. Esta compañía, que tenía por director uno de los actores de fama en España, nos hizo conocer **Los amantes de Teruel**, **Guzmán el Bueno**, **El**

arte de conspirar, Lluven bofetones, San Vicente de Paúl, Mateo, o la hija del Españolito, Cecilia la ciegucecita, La familia de Falkland, Alfonso Munio, Las travesuras de Juana, Miguel y Cristina, y otras muchas.

Pero no era lo menos notable en esta compañía la pareja de baile, que abrió una éra tercioriana, nueva para nosotros, con los bellísimos bailes franceses que ejecutaban los dos interesantes jóvenes, Paquita y su hermano Magín. Con sus elegantes **padedues**, y sus bailes españoles sazonzaban de tal manera las funciones, que puede decirse que ésta fue una de las épocas más agradables de que los aficionados, de esta capital hayan disfrutado.

Partió al fin de esta capital, y una fracción de ella, con algunos otros nuevos actores, bajo la dirección de Belaval, volvió en 1849, auxiliada por varios aficionados que le anticiparon fondos para su viaje. Entonces vimos **El Mesías**, **El Trovador** **El zapatero** y **el Rey**, primera y segunda parte, Cada cual con su razón, **Lealtad de una mujer**, **Los dos Virreyes**, **El castillo de San Alberto**, **Fray Luis de León**, **Doña Brianda de Luna**, **El Encubierto de Valencia**, **Simón Bocanegra**, **Detrás de la Cruz el diablo**, etc.

No haré mención de otras pequeñísimas fracciones —regularmente una pareja sola, como la del **Excelentísimo señor Guerra** con su esposa— que, cual golondrinas rezagadas de la emigración general, han venido a caer en nuestro teatro para dar, bien o mal, media docena de funciones y alzar de nuevo el vuelo.

Tampoco hablaré de las largas temporadas en

que el teatro estuvo bajo la dirección del doctor Lorenzo María Lleras o de don Lázaro María Pérez, porque fueron tantas las vicisitudes y los altos y bajos de las compañías dramáticas que en ellas trabajaron, que me sería preciso extenderme demasiado, a riesgo de agotar la paciencia de usted. Pero no omitiré hablar, si bien brevemente, de otras posteriores, cuyo mérito en nada cedía al de las mejores, y que marcan puntos brillantísimos en la ya larga historia de nuestro teatro.

Mucho tenemos que agradecer a las compañías que nos han visitado, venciendo los gravísimos inconvenientes de un largo y costoso viaje, y desatendiendo los malos informes que de ordinario se les dan en los lugares de nuestras costas por personas mal intencionadas. Pero aquello será para otra ocasión, si usted así lo dispone.